

## AMÉRICA GLOBALIZA AL PLANETA

*Rodrigo Carazo Odio*

**A**mérica globaliza al planeta al darle a los otros continentes una referencia de continuidad y de nuevo horizonte. En América hace un “nuevo mundo”, se inicia la conjugación étnica que conduce aceleradamente a la “raza cósmica” y los idiomas europeos entran en juego con los aborígenes, enriqueciéndose recíprocamente, suavizando sus acentos y alegrando sus expresiones. En América nace el realismo mágico que engalana la literatura al tiempo que la danza y la música juntan –provenientes de todos los confines– violín, marimba, guitarra, tambor, piano, maracas, güiro, chelo, flauta, lista seguida con un largo etcétera. Los pueblos americanos hacen la mezcla, sus mentes y sus cuerpos la materializan. América lanza al futuro de la Humanidad una síntesis grandiosa de la raza y la cultura humana.

Siendo esta la realidad social, ¿por qué no han surgido en nuestro nuevo mundo fórmulas de pensamiento y de acción novedosas en el campo político y económico? La respuesta pareciera –a primera vista– sencilla: hemos sido y seguimos siendo colonia. Como tal, calcamos lo ajeno, imitamos lo importado y nos da miedo oponernos a las “ideas provenientes de la cultura occidental”.

Hoy padecemos los efectos de un resabio histórico-filosófico venido del marxismo-leninismo, el cual llegó y aparentemente se fue, dejando recuerdos de luchas y de esfuerzos. Muchos no se interesaron siquiera en la interpretación de lo ocurrido. Así sucede también con el neoliberalismo, calcado de las metrópolis financieras en las que estudian muchos de los nuestros, y desde las cuales se nos trae un resucitar del pensamiento liberal padecido por el planeta hace ya mucho más de un siglo.

Hoy, además, le acompaña algo que llaman “modernización”, pero que no es otra cosa que un empeoramiento de lo conservador, lo librecambista, y de un singular acomodo del ejercicio de la libertad practicada por unos pocos que buscan –sometiendo a las grandes mayorías– la puesta en pocas manos del poder económico, del poder político, reforzada esta unión por el dominio de la prensa. Tal combinación, nueva en su contenido, su poder y propósitos, se ocupa del dominio de la sociedad.

Lo cierto, sin embargo, es que tal dominio de un sistema que ha llamado Su Santidad Juan Pablo II capitalismo salvaje, llega a su fin. Su irracionalidad le ha privado de larga vida. Desde Inglaterra y ante el fracaso neoliberal, Tony Blair afirma que ha llegado la hora de levantar una nueva tesis que busque una socialdemocracia modernizada que luche con pasión y esfuerzo por la justicia social, con mira y acción flexible y creativa que se fundamente en los valores de democracia, libertad, obligación recíproca e internacionalismo. Posición que, según Blair, debe trascender la vieja izquierda interesada en el control estatal, así como neutralizar a la vieja derecha empeñada en poner fin a la inversión pública y en establecer principios básicos para una sociedad que solo debe preocuparse por lo económico. Blair llama a esta posición la Tercera Vía. La nueva posición, dice Blair, no debe interpretarse como una intermedia, entre derecha e izquierda, sino como la ruta para una social democracia moderna.

Quienes hemos luchado a lo largo de años contra la copia y la imitación, debemos estar preparados para enfrentar una, sostenida por un político relevante y carismático como Blair, quien levanta bandera para su país y asimismo para el mundo desarrollado. Es importante evadir ese nuevo riesgo de calcar o imitar. Es necesario evitar el regreso a viejos modelos llámense “desarrollismo neoliberal o socialismo real”. Lo que urge es asumir una actitud creativa y renovadora, para emprender la cual Nuestra América tiene suficientes y muy capaces mentes que deben derrotar al miedo de ser lo que somos. Resulta que el cuadro de excluidos y marginados, de pobres, de dependientes e imitadores, de tráfugas mentales y materiales, debe ser superado. Se impone el establecimiento de sistemas que reivindiquen el humanismo.

Así tampoco lo logran aquellos que imitan modelos que no les calzan. Dejar de lado esquemas obsoletos es urgente.

pero evitando que se crea que la solución de los males consiste en el traslado de bienes y servicios públicos a manos de unos pocos monopolios trasnacionales. El final del siglo XX ha demostrado que los pueblos llenos de excluidos y marginados no pueden progresar.

La base de la nueva acción ha de ser la democrática, sistema probado en las más diversas circunstancias; y el edificio en desarrollo social, humanista, sostenible y soberano, ejercido en libertad. Un poder político en el que participe la sociedad civil y en el que la decisión política no parta de uno o unos pocos, sino que se respalde en los afanes de la comunidad. Un Estado que se levante sobre un orden jurídico, pero cuya prioridad sea la gente y su bienestar. Una economía que reconozca la urgencia de una sociedad con esperanza y que por ello sea pacífica y no una que canalice el ahorro de todos hacia unos pocos, quienes con ello mantienen congelados los salarios y trasladan la riqueza al poder de algunos. Un Estado que contribuya a limitar, y no a estimular, las facturas causantes de la ruina social, muchas de ellas de naturaleza especulativa.

¿Una meta global? Tomemos palabras ajenas, las contenidas en el Informe adelantado de la CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana) "Hacia el Tercer Milenio": "En los umbrales del Tercer Milenio sentimos la necesidad de pronunciar una palabra para que este acontecimiento histórico no sea tan solo un hito cronológico sino más bien una ocasión de profunda reflexión y un compromiso concreto de cambio para que entre todos construyamos un continente fraterno donde todos tengan cabida".

Con un egoísmo característico de lo seudocultural, cada época se empeña en encontrar un cambio, "el cambio" que la haga diferente de lo pasado. Si esto es cierto para todas las etapas o fórmulas de desarrollo de los pueblos, se torna en algo insoportable cuando se une a la aritmética del calendario: la década de la tecnología, la década perdida, son apenas dos ejemplos que evidencian, el primero, el inicio del progreso material milagroso –logrado por el cambio que a su vez genera cambio– mientras el segundo, se refiere a los errores por otros cometidos, que "nuestro momento" ha superado.

Pero, *cambio* se refiere no sólo a cosas como los avances tecnológicos, sino que se cree que éste es evidente cuando un

pueblo cambia su idiosincrasia al extremo de encontrar que la hamburguesa es sucedánea de los frijoles.

La esencia de lo humano nos liga a la cultura propia de tal manera que al querer dejar de ser lo que somos para convertirnos en lo que nunca podremos ser, cambiamos la imagen propia por una máscara ajena.

Hoy, como ayer, la situación social y política que vivimos es el resultado de una combinación de acción fría y materialista aplicada por una élite local que desea obedecer lo impuesto por las naciones desarrolladas. Es lo dictado por un capitalismo ciego incapaz de prever los efectos de una desmedida concentración de la riqueza, que distorsiona la vida humana y social en todo el planeta, causando desde pauperización casi total en la pobre África, como excluidos y marginados –por millares– en la América de los “homeless”.

La división internacional del trabajo y el capitalismo salvaje hacen que filas de millones de seres pasen por el Caribe y por el Mediterráneo en pos de trabajo, techo y comida, hacia las naciones metropolitanas de este planeta, dominado por siete sociedades que, a pesar de las diferencias raciales que nos caracterizan, son sociedades idénticas en sus metas financieras.

Cierto que no es criticable enlazar nuestros afanes al discurso de la modernidad, lo malo es dejarnos ir por un contenido de tal discurso que hace que los poderosos de occidente extiendan su dominio, en tanto la esencia de lo latinoamericano se limita a ser marginado o excluido.

Sostengo que modernidad, globalización o globalismo, deben fundamentarse en una seria acción hacia una justa distribución de la riqueza. Es esencial dejar de lado todo maquillaje de estado de derecho que sólo pretende dar sustento a un modelo económico diseñado y practicado en función de los índices macro que reflejan los intereses de unos pocos, tecnócratas, empresarios y funcionarios que actúan como cómplices de los intereses supra capitalistas que rigen a la sociedad contemporánea.

Es tanta la identidad de intereses de unos pocos latinoamericanos con las fuerzas externas, que se confunde lo que debe

ser democrático y jurídico formal, con las acciones y planteamientos del neoliberalismo por pasadas de moda que estén. De esta manera, el Gobierno pasa a ser sólo de forma, puesto que en vez de decidir asumiendo la representación de la colectividad se entrega a los intereses del mercado. Ahora bien, cada vez que se levanta la bandera de la justicia social, jamás falta quien diga que se está hablando de estatismo, de marcha atrás, de "abuso de la política social proveedora de limosnas". Por ello, debemos hablar claro; lo anterior es falso y nuestra tesis se esgrime a favor de una vida humana y digna, en la cual el derecho al trabajo está de primero. El trabajo con justicia social dará siempre pan y techo, y desde luego paz.

Rechazamos el dominio de una minoría que se siente dueña para calificar qué es libertad y busca el sistema que le permita moverse según sus deseos y vivir de acuerdo exclusivamente a sus intereses. Hablamos de fórmulas propias, puesto que estimamos esencial y urgente que ellas se elaboren, no para generar confrontación, sino todo lo contrario, armonía.

Las limitaciones impuestas en nuestro Continente han violado límites, y siguen agrandándose, con políticas cada vez más precarias en todo lo que significa solidaridad, en particular en los campos de la salud, la educación y la seguridad social. Ha llegado a tanto el desbarajuste que vive el mundo actual, que sus gestores y defensores, quienes actúan como los pontífices, obispos y monaguillos de una especie de nueva religión, en este caso crematística, han querido silenciar a quienes no están de acuerdo con ellos. Ante la avasalladora agresión del pensamiento neoliberal, al que algunos se han atrevido a llamar "pensamiento único", la democracia ha sido limitada a un mero proceso electoral del que surge solamente el cambio de personas en el poder, personas que hacen todo lo que les ordene el G-7, el grupo dominante local y *nada* que conduzca a la satisfacción de las necesidades de la gente.

En esta era de computadoras y comunicaciones se mide el estado de la economía evaluando lo macro y se olvida medir los dolorosos efectos causados en las grandes mayorías de la población. Creo que ha llegado el momento de enfrentar con firmeza y decisión este proceso de comercialización que hace que la mercancía resulte lo más importante, proceso que ha sido llamado el "siniestro trueque" de nuestro tiempo.

Creo que llegó el momento de iniciar la globalización de la solidaridad y con ella la era de la paz. No violencia es fuerza, es ejercicio pleno de dignidad, es fórmula de vida que reclama coraje, exige valor, demanda seguridad en uno mismo.

No violencia es actitud impensable en los pusilánimes, en los cobardes. La contrapartida a la paz no es, como muchos piensan, la guerra; no, en realidad a la paz se enfrenta la violencia. Si profundizamos el contenido de la palabra *paz* veremos que ella es, en realidad, no violencia. Sí, efectivamente, la no violencia es la ausencia de violencia. La violencia, por supuesto, no se limita a lo físico. La violencia va desde el gesto y la palabra, hasta el abuso económico y social, pasando por todo lo que produce angustia, temor, dolor, injusticia, muerte.

Tanto Gandhi como Martin Luther King dieron a la no violencia, llamada por ellos con la palabra sanscrita *ahimsa*, un contenido mucho más amplio y hermoso que aquel que podría reflejar la resistencia frente a toda forma de violencia; para ellos *ahimsa* llegaba hasta el amor espiritual.

Debo aclarar que no me estoy refiriendo a algo que pudiera sonar a cariñoso sentimentalismo, sino al respeto al oponente y al genuino deseo de que en lo personal tenga “de verdad” un estado de dignidad compatible con la que exige verdaderamente su condición humana.

En consecuencia nos estamos refiriendo a que las diferencias que produzca el conflicto no deben ser llevadas al daño personal del ponente. La sociedad es y da campo para todos, el abuso puede generar –así en general– daños irreparables para muchos. Cuando la codicia acumula riqueza, se perjudica a quien es desposeído o limitado en su potencial bienestar. Gandhi afirmó en repetidas ocasiones que “en este mundo existe lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos, pero no existe lo suficiente para llenar la codicia de algunos”. En consecuencia, si unos toman más de lo necesario, cometen violencia contra quienes resultan desposeídos. Se necesita empobrecer a muchos para producir un rico.

La paz profunda de que nos habla San Agustín en su *Ciudad de Dios* comprendemos que jamás ha sido experimentada por sociedad alguna, salvo talvez por algunas pocas personas; sin embargo, la no violencia de los valientes como la

llamó Gandhi, está discretamente presente como fuerza activa en el trasfondo de innumerables sentimientos y actitudes humanas y aparece a menudo en las personas, los movimientos y las sociedades. Así, la no violencia de la que trato se refiere a esa no violencia de los valientes que en realidad es una fuerza positiva y activa presente en la conducta humana.

Gandhi, como Kant, jamás aceptó que la moral no fuese práctica, ya que el ser humano se fortalece en sí mismo, en su esencia, cuando lucha por adaptar la moral como forma de vida.

Son tres los principios básicos que señala la teoría:

1. Respeto a las personas. Lo que demanda ofrecer al adversario fórmulas alternativas y constructivas que salvaguarden su dignidad, pero a la vez rechazándole cualquier tesis o acción negativa que nos afecte.
2. Recurrir a la persuasión por encima de la coacción. Este principio tiende a la provocación educativa del adversario, a la educación mutua con éste, a través del intercambio. Orientar en vez de presionar.
3. Evitar el uso de medios no congruentes con los propósitos de la no violencia.

La práctica de la no violencia contempla infinidad de formas y detalles que, respaldados por los principios arriba señalados, pueden conducir a la acción tanto en el corto como en el largo plazo y a la creación de programas constructivos, y, frente a la intolerancia, a la desobediencia civil.

Los programas de formación o constructivos, parten de la necesidad, por qué no decir urgencia, de mejorarnos a nosotros mismos. Olvidar lo anterior conduce siempre al fracaso.

“Somos contemporáneos de todos los hombres” nos dice Octavio Paz; somos latinoamericanos y no podremos dejar de serlo con facilidad. Al mismo tiempo, debemos realizar el milagro de seguir siéndolo y a la vez alcanzar la superación de nuestros males con métodos propios, aplicados en un mundo que nos reta a erradicar la miseria y enfermedad que aplastan a la inmensa mayoría de nuestras gentes. Se trata de rescatar la libertad de existir dignamente en un mundo de pueblos interdependientes que se respeten recíprocamente”.